



Seix Barral

Abelardo Castillo

Teatro reunido





Seix Barral Biblioteca Breve

Abelardo Castillo
Teatro reunido

PERSONAJES

JUDAS DE CARIOTH, *llamado Iscariote*

JUAN, *el apóstol*

SANTIAGO, *hermano de JUAN*

SIMÓN, *llamado PEDRO*

DOS SOLDADOS, *uno de ellos es Malco*

SACERDOTE *del templo*

VIEJA SORDOMUDA, *una pordiosera*

VOCES

CORO

Jerusalén, 33 de nuestra era, año XIX del reinado imperial de Tiberio. Israel, conquistada hace casi un siglo por Pompeyo, es poco más que una provincia romana. Herodes Antipas –hijo del siniestro Gran Herodes–, heredero, a la muerte de su padre, de uno de los principados en que se dividió el país, es tetrarca de Galilea. Poncio Pilato, procurador romano, gobierna Judea y Samaria.

ACTO ÚNICO

Jerusalén, hacia la octava hora (dos de la tarde). Una callejuela tortuosa, las gradas irregulares de una escalinata de piedra la comunican con un callejón diagonal, en cuyo lejano extremo pueden verse la Torre Antonia, el Palacio de los Mármoles o un arco. El lugar no está muy apartado de las puertas de la ciudad. La tarde es pesada y silenciosa, pero tensa: una atmósfera extraña —cierta equívoca calma que amenaza estallar en cualquier momento— rodea a los hombres y a las cosas. De tanto en tanto, prefigurando la tormenta que se desencadenará luego, la calle se oscurece levemente y brillan algunos relámpagos. Es el viernes 14 de Nizam. En el cercano Gólgota se está llevando a cabo el ajusticiamiento de Jesús.

JUDAS y JUAN aparecen sentados sobre unas piedras. JUDAS es un hombre joven, casi bello. Sin ser demasiado corpulento, emana de él una rara sensación de fuerza; su cara —de rotundo perfil y rasgos violentos— es hermosa, quizá como el de un Cristo, pero torva, reconcentrada; delata la tempestuosa lucha de pensamientos que se entabla en su espíritu. JUAN es su antítesis: apenas un adolescente, muy dulce, parece turbado e indefenso. Durante unos segundos, la escena tendrá la inmovilidad de una estampa. Contra uno de los muros —visible, pero sin llamar la atención— hay un trozo de cuerda.

ESCENA PRIMERA

JUDAS y JUAN

JUAN: Él decía: “Uno de ustedes me entregará...” ¡Comprendés esto! ¡Podés entender esto!... Uno de los Doce. Uno de los que, anoche mismo, partió con él las verduras amargas y el cordero. Uno de los elegidos... Pero, ¿cuál? ¿Quién mojó en su plato el pan de la traición? Ah, Judas, Judas. Hay cosas demasiado grandes para mi pobre entendimiento. (*Pausa*). Vos, en cambio, que siempre fuiste el más sabio; vos, que nos explicabas el sentido de todas sus palabras, tenés que haberlo adivinado: ¿quién pudo ser? Habla, amigo, ¿quién? (JUDAS *permanece inmóvil, la mirada fija en el vacío. Silencio*. JUAN *oculta la cara entre las manos. Habla con voz ronca*). Pero no. No fue uno. Fuimos todos. (JUDAS *vuelve la cabeza con lentitud y lo mira un instante*; JUAN *prosigue, ahora vehementemente*). Yo, y vos. Y mi hermano y Pedro: ¡todos! ¿Dónde están ellos ahora? ¿Están con él? ¿Estamos nosotros a su lado...? Anoche, mientras la multitud gritaba: ¡crucifiquenlo!, ¿alcé yo la voz para defenderlo? Fue alguno y clamó: ¡es inocente!; ¿se atrevió alguno?

JUDAS: Anoche. Quién sabe hoy lo que pasó anoche.

JUAN: Y unas horas antes yo estaba sentado junto a él. Cenábamos. (*Bruscamente*). Entonces dijo aquella cosa horrible. (*Pausa, recordando*). Yo reclinaba mi cabeza sobre su pecho. Vos también estabas cerca, y Santiago y Pedro. Pensé mucho en esto.

JUDAS: Es verdad. Siempre estábamos juntos; los cuatro, a su lado. Anoche, cuando él dijo que beberíamos su sangre y comeríamos su carne, nos disputamos los lugares de privilegio.

JUAN (*sin advertir la intención de JUDAS*): Y él nos escogió a nosotros.

JUDAS: Y nosotros lo rodeamos. (*Secamente*). Como para devorarlo.

JUAN (*poniéndose de pie*): Judas... ¿Y si todavía quedara tiempo?

JUDAS: Tiempo. ¿Para qué? ¿Para arrancarlo de las manos de los soldados? ¿Para descolgarlo de allá arriba? ¡Vos y yo, solos! ¿Te animás, Juan? ¿O preferís esperar a que caiga la noche, para que vayamos entre las sombras a robar su cadáver del sepulcro? Ya no queda tiempo.

JUAN: No digas eso... Él vive todavía. Siempre tendremos un instante, siquiera para gritar: te amo, maestro; creo en vos; ¡no estás solo!

JUDAS: Corré, entonces. Todavía te queda el tiempo que dure su agonía. Sin embargo, es tarde lo mismo. En la hora de la muerte, todos los hombres se quedan solos.

JUAN (*atemorizado*): ¿Era eso lo que me enseñabas ayer, hermano mío?

JUDAS: No lo recuerdo. Pero sé que cambiaron muchas cosas durante la noche. El mundo, Juan, amaneció distinto.

JUAN: ¿Y Judas, el bueno, el dulce Judas...?

JUDAS: Es cierto. No fue el mundo. El mundo ya no se transforma. Yo conocí a uno que quiso hacerlo, y lo vistieron con el sayal de los locos y le escupieron

la cara. Y lo abandonaron. Escuchá: tu maestro ya no nos necesita. Le sobra, para morir, con una cruz en el Gólgota.

JUAN: Judas...

JUDAS: Y quizá, siempre estuvo tan solo como ahora. Los seres como el Rabí se parecen al pájaro mágico del que hablan los habitantes del bosque. Creés que existe, porque lo escuchaste cantar alguna noche; o tal vez, te imaginás haberlo visto a la luz de la luna, entre las ramas de los olivos. Pero ellos son únicos. No tienen especie. O quién sabe: acaso ni siquiera existan.

JUAN: Divagás, Judas. Él estuvo con nosotros, nos habló.

JUDAS: Sí. De pronto, un día, él viene no se sabe de dónde y te habla. Y su voz es hermosa, como un canto, porque nadie dijo antes lo que él dice. Pero repentinamente todo vuelve a ser una ilusión. (*JUAN trata de interrumpirlo. JUDAS alza el tono.*) Una ilusión. Una mentira. Eso: la mentira de un mundo de amor y de justicia.

JUAN: Ese mundo existe. ¿No lo ves resplandecer, allá, sobre nuestras cabezas?

JUDAS: Sobre nuestras cabezas están las tempestades del cielo.

JUAN: Y las estrellas, Judas.

JUDAS: El trueno, el relámpago.

JUAN: El sol, la lluvia que riega los campos.

JUDAS: El diluvio, que cubre las montañas.

JUAN: Y el designio inescrutable de Dios, aún mucho más alto que todo eso.

JUDAS: Demasiado en lo alto. ¡No! Aquí abajo, en la Tierra quería Judas el mundo. Y ese mundo parecía próxi-

mo en el tiempo. Y era distinto del que conocieron Abraham, Jacob o Moisés. Un reino sin esclavos ni míseros, un reino donde la libertad de los hombres no dependiera del César extranjero que infama y ensangrienta la patria de tus padres. Un reino de paz.

JUAN: El reino de Dios, Judas.

JUDAS: El reino de los hombres, Juan.

JUAN: ¿Y Dios, hermano? ¿Y Dios?

JUDAS: No sé. A lo mejor, allá, como vos decís, sobre nuestras cabezas. Muy lejos. Como una última jerarquía, tan distante, tan sobrehumana que, acaso, mereciera existir.

JUAN: ¡No hables así! Flaquea tu fe. Te vas a extraviar, hermano mío.

JUDAS: Es cierto. Judas se extravía. Escuchame: Judas ya se ha perdido sin remedio. comenzó a dudar de los hombres.

JUAN: ¡Qué importa el hombre, amigo, cuando sentís sobre tu hombro la mano de Dios!

JUDAS: Quién se acuerda de Dios, cuando va por la tierra de la mano de un hombre. Yo iba de la mano de un hombre. Y cuando uno como él te acompaña, es una muchedumbre, apretada de esperanzas, la que va a tu lado. Y creés en la tierra prometida. Enarbolás un puñado de flores, en vez de espada, y te disponés a conquistarla, porque te pareció descubrir el camino de la verdad. Tenés fe. Y ya no te importa si vas a cruzar o no los umbrales de la tierra; pensás: otros llegarán, y mi espíritu alentaré en ellos ese día. Porque comprendés, Juan, que tu propia justificación depende del triunfo de todos. Entonces sí podés decir: nadie está solo, somos inmortales:

el amor nos junta, y el amor es inmortal. Esperás que, como te lo dijeron, los últimos sean por una sola vez los primeros; imaginás que de la mano de aquel hombre el amor y la verdad entrarán en el palacio del Tetrarca; creés que, al solo influjo de su mirada y su palabra, los poderosos, los asesinos, los Herodes de toda la tierra, comprenderán. Soñás: llegó la hora de que cada cual tome la parte que le corresponde, porque así fue anunciado... Y entonces te despierta un alarido bestial, que está reclamando: ¡Crucifíqueno! Y te das cuenta de que nadie ha comprendido nada. *Ellos* triunfaron una vez más. Todo está en el sitio de siempre; no derrumbaste el Palacio de los Mármoles con tus flores. (*Riendo amargamente*). No era con rosas que se tumbaban las murallas de Jerusalén... (*Cambiando de tono*). Entonces el Rabí se queda solo, como el pájaro mágico de Getsemaní que creíste ver una noche. Solo, único. Demasiado pequeño al lado del patíbulo... Sin especie.

JUAN: ¡No! Nosotros somos su especie; vos mismo lo decías. Recogimos su palabra, aprendimos su enseñanza... Judas, debemos ir y gritarle: no te abandonamos; aquí está Juan, aquí está Judas, y también vendrán Felipe y Mateo y Bartolomé. (*JUDAS ha hecho un gesto esperanzado, se incorpora a medias*). Creemos que sos el hijo de Dios. ¡Ahora lo creemos!

JUDAS (*vuelve a sentarse. Habla con violencia*): ¡Silencio! ¡No vuelvas a repetir eso! ¡Es que no entendés? ¿Es que vos tampoco entendés?

JUAN: A vos no te comprendo, hermano... Tu cara está pálida y tu voz es tan extraña como la del Rabí

cuando se turbaba. A vos no te comprendo... Parece que un miedo secreto te oscureciera el alma. ¿Qué temés, Judas?

JUDAS: Escuchame, niño... Si Judas te dijera algo espantoso; una cosa que, de sólo pensarla, hiela la sangre en las venas y transforma el corazón en un coágulo, tan frío, que es como llevar la propia muerte enclavada en el pecho... Si yo te revelara un secreto que descubrí anoche, mientras buscaba a Dios entre los nubarrones, cuando todavía me quedaba una esperanza...

JUAN: No. Tus palabras se arrastran como serpientes que quieren envolverme: me quitás el aliento, hermano mío. ¿Quién le robó la dulzura a la lengua de Judas? Ahora tiene la amargura de la herejía.

JUDAS: Mirá, Juan..., niño...

JUAN: Me asustan tus ojos. Eran celestes como el cielo de Galilea, y se volvieron negros...

JUDAS: Como las fosas de los tigres de Antipas.

JUAN: No quiero saber lo que te enseñó la noche. Sólo una respuesta necesita mi alma para quedar en paz. En mi cabeza, sólo una pregunta clama por respuesta. ¿Quién lo entregó, Judas? ¿Quién podía odiarlo tanto como para ir a venderlo a los príncipes del Sanedrín?

(JUDAS parece dispuesto a decir algo, pero se contiene. Sacude desorientado la cabeza. Hay un largo silencio.)

JUDAS: No lo comprenderías. Vos mismo lo dijiste antes: todos somos culpables. Cuando muere asesinado un hombre, siempre es culpable toda la humanidad.

JUAN: Asesinado... Ah, hermano mío; ¿no ves que debemos correr a su encuentro? Vení, busquemos a los otros. Mi hermano no puede estar lejos. Y Pedro, ¿cómo podría haber huido Pedro?

JUDAS: Él no huyó. Anoche yo vi cuando seguía a los soldados, desde lejos...

JUAN: El único que se atrevió a seguirlos. Y Pedro volverá, me lo dice el corazón.

JUDAS: Pedro es piedra. (*Con ambigüedad*). Su fidelidad es de roca firme. Él va a venir.

JUAN: ¿Te acordás, Judas?, cuando el maestro preguntó, en Cesarea de Filippo, quién creíamos nosotros que él era, Pedro fue el único en responder: “Sos el Cristo, el hijo de Dios vivo...”

JUDAS: ¡Te dije que no lo repitas! Hay cosas que Pedro no debió decir nunca... Pero, ¡qué importa! Pedro es fiel y vendrá. (*Pausa*). Después volví a verlo. Sus ojos se cruzaron con los míos.

JUAN: ¿Dónde? ¿Te habló?

JUDAS: Hablaba. Después se calló, porque pasó el Rabí. (*Silencio largo, y después con desprecio*). Anoche, en la cocina de la casa de Caifás.

ESCENA SEGUNDA

Los mismos - PEDRO y SANTIAGO

JUAN: ¡Pedro! ¡Santiago!

SANTIAGO: ¡Al fin, hermanos! Los buscamos por todas partes.

JUAN: ¿Saben algo? ¿Traen noticias?

PEDRO: Lo llevaron al lugar de las calaveras. Cargaba una cruz sobre los hombros; dicen que apenas podía con ella... Obligaron a Simón de Cirene, el padre de Rufo, a ayudarlo. María, su madre, y la otra María, lo siguieron...

SANTIAGO: Cuentan que lo flagelaron hasta dejarle la espalda convertida en una sola llaga; después, hundieron a golpes una corona de espinas en su cabeza...

JUAN: ¡No...! ¡No...!

PEDRO (*después de una pausa*): Y ahora, ¿qué vamos a hacer?

JUDAS (*amargamente*): Lo mismo que hemos hecho durante todo el día: escondernos.

JUAN: ¿No comprenden que esto es monstruoso? ¡Tenemos que ir allá! ¡Es preciso que nos vea! ¡Debe saber que todavía estamos juntos!

JUDAS: ¿Oís, Pedro? ¿Oís, Santiago?: juntos. Aquí nos tienes, niño. Los cuatro, nuevamente juntos.

PEDRO: Es cierto. Como en Cafarnaum y en Betania. Juntos...

SANTIAGO: Como en la casa de Jairo.

JUAN: Como en la casa de Lázaro.

JUDAS: ¡No! (*Pausa*). Esas dos veces el Rabí me había mandado con mis pobres.

SANTIAGO: Haces bien en entristecerte... (*Pausa, y luego consolador, dulce*). Sin embargo, era hermosa tu tarea. Él mismo te eligió para que fueras el encargado de repartir las limosnas.

PEDRO: Siempre confió en vos. Sabía que eras el único a quien no podía tentar el dinero.

JUDAS: Mi padre es un rico mercader, eso querés decir.

Tenés razón: ¿cómo podía tentar a Judas, el hijo de Simón de Cariot, un puñado de sucias monedas? Aquí tenés un símbolo, Juan (*dirigiéndose a éste y a SANTIAGO*): su amor... (*dirigiéndose a PEDRO*): tu fidelidad, Pedro... Y la bolsa de Judas.

SANTIAGO: ¿De qué hablas, amigo? Acíbar parece tu palabra, y el sentido de lo que callás, aún más amargo... ¿Qué nos ocultás, sabio hermano?

JUAN: Un secreto de hiel moja la lengua del dulce Judas. Conoce al que lo vendió, estoy seguro.

PEDRO: ¿Es verdad, eso?

SANTIAGO: ¿Lo sabés?

JUAN: ¡Respondé una vez más! Vos sos, ahora, el único que puede. ¡Hablá!, ¿quién lo odiaba, quién le temía hasta tal punto?

JUDAS (*secamente*): Acaso, Dios.

JUAN y SANTIAGO: ¡Judas!

PEDRO: ¡Blasfemás, Iscariote! ¡Blasfemás y te perdés!

JUDAS (*inexpresivamente*): No lo entienden. No comprenden que Judas, si esto es obra de Dios, estaba perdido desde antes que Caín engendrarse en su mente el primer asesinato, e Israel, maldita desde antes que las aguas se apartaran para dar paso al primer brote...

SANTIAGO: ¿Tanto sufrís? ¿Ya no creés en la salvación? No todos habremos muerto antes de que Israel sea libre: él lo prometió. Los hombres aprenderán el idioma que vos querías enseñarles. Él volverá, Judas. Esto no es más que una prueba...

JUDAS: ¡Silencio! Los hombres necesitamos sangre todavía. ¿No nos escuchabas anoche, Santiago? ¿No te

escuchabas a vos mismo, aullando, pedir la cruz para el Rabí?

SANTIAGO: No... no sigas...

JUDAS: ¡Hablás de pruebas! La única prueba es que los hombres, después de agonizar, mueren. ¡Él volverá!... ¿Viste, alguna vez, que un cadáver del Gólgota desate sus ligaduras y vuelva a reunirse con sus amigos?

PEDRO: No es lo mismo. Los del Gólgota, son cadáveres de ladrones, asesinos, falsos mesías, perjuros...

JUDAS: ¡De hombres! Sólo hay hombres. Y los hombres no resucitan, Pedro.

JUAN: ¿Y Lázaro?

SANTIAGO: ¿Y la hija de Jairo?

JUDAS: Yo no los vi muertos. Y ustedes, ¿pueden dar testimonio de que estaban realmente muertos? Quién sabe de verdad qué pasó entonces. Aquella vez, Martha y María empararon de aromas las tiras del lienzo para amortajar a su hermano, y no por eso dejó de despertar Lázaro. Ni esto le ocurrió solamente a él; ¿quién no oyó hablar de alguno que, arrancándose el sudario de la cara, miró a su alrededor con asombro, y vio que sus amigos lo estaban llorando muerto?

SANTIAGO: Es cierto. Pero aun así, ¿por qué te esforzás en destruir la única esperanza que nos queda?

JUDAS: Porque llamás esperanza a la mentira. En verdad te digo, Santiago, que la salvación de los hombres depende de los hombres. Anoche condenamos a uno que podía guiarnos, acaso el único. No te fuerces a creer que regresará su fantasma.

PEDRO: Vos mismo, hasta ayer, nos decías que él era inmortal.

JUDAS: Lo es. Todos los hombres son inmortales. Pero no como ustedes lo entienden.

JUAN (*que desde hace un momento está pensativo*): Ya no queremos entenderte, Judas. (*Repentinamente, y con tono por primera vez agresivo*). Además, ¡qué importa todo esto! Si nosotros no podemos afirmar que Lázaro murió realmente, ¿vos podés negarlo? Vos, que no estabas junto a su sepulcro, ¿con qué pruebas te atrevés a negarlo?

JUDAS (*mientras los otros miran asombrados a JUAN*): El pequeño poeta... Muchas cosas, es cierto, cambiaron en el transcurso de la noche. Creciste, niño... Mientras su maestro agoniza, Juan razona como los fariseos.

JUAN: Sí, Judas, y mientras él agoniza, ahora, cuando él no entregó su alma todavía, vos ya nos enseñás que no volverá. Insensato. ¿Quién puede asegurarnos, siquiera, que va a morir? ¿Y quién sabe tanto como para negar mi fe? ¿Quién nos dice ahora, cuando ya nadie comprende nada, que mi maestro es igual a los demás hombres? ¡Yo vi su rostro transfigurado! ¡Yo vi, anoche, cómo brotaba sangre de su frente! ¡Yo escuché cuando él anunciaba las torturas a que sería sometido!

JUDAS: ¡No puede haber algo más alto que los hombres! El sudor, que quema la frente; la sangre, que mancha los vestidos; el dolor, que lacera las espaldas, es sudor y sangre y dolor de hombres. No le quites su valor, para transformarlo todo en una pantomima simbólica. Ahora, sos vos el que me espanta.

SANTIAGO: Debemos creer, Judas: sólo la fe nos salvará.

PEDRO: No podemos medir el arcano de Dios con la vara de nuestra razón humana.

JUDAS: ¿No comprenden que Judas quiere creer?

JUAN: En qué, amigo...

JUDAS: En que el pájaro mágico no es un sueño. En que su canto será oído por todos. Su verdadero canto.

PEDRO: ¿De qué hablás?

JUAN: ¡Basta! Deberíamos estar postrados ante su cruz, y estamos aquí, disputando en vano, sin poder siquiera comprendernos... (*Perentorio*). ¿Quién me sigue? (*JUDAS ha vuelto a sentarse: PEDRO y SANTIAGO vacilan*). Nadie me sigue... Pues, escuchen: yo creo. Yo sí creo. Creo que su nacimiento fue precedido por maravillosos signos, creo que tenía el poder de realizar prodigios; creo que sus ojos eran la luz misma. Creo que, siendo nada más que un hombre, no podía tener tanta dulzura en los labios, tanto calor en el pecho. Su amor por los desgraciados no era un amor humano.

JUDAS: Tan mal los trató la vida que cuando vieron al prójimo lo trasformaron en leyenda. (*Violentamente*). El samaritano de la fábula, ¿era un ángel acaso? ¿Era un dios?

JUAN: El samaritano de la fábula era el Rabí. Sólo él hubiera sido capaz de tanto. Judas, Judas: él es el Mesías. ¡Y yo voy a ir a gritarlo al Gólgota! Yo creo. Y si ustedes no son capaces de seguirme, me marcharé solo. (*JUAN hace ademán de irse; SANTIAGO lo detiene*).

JUDAS: Dejalo, Santiago. Andá, pequeño; andá, niño...

(*JUAN se suelta y echa a correr por la calle lateral. Allí se detiene.*)

JUAN: Yo, al menos, no he de entregarlo. El mundo sabrá por mi boca su vida y sus milagros. ¡Yo daré testimonio! (*Sale*).

ESCENA TERCERA

JUDAS, PEDRO y SANTIAGO

JUDAS: Acaso tu amor te salve, Juan. Acaso vos estás a tiempo. (*Duramente*). ¿Y ustedes, se quedan? (*Ellos se miran irresolutos*). La puerta de la ciudad está cerca: salgan por ella y estarán entrando en el paraíso. (*Pausa*). Quédense. Es menester que hablemos. Debemos lavarnos los pies unos a otros.

SANTIAGO: Anoche, el maestro también decía eso.

PEDRO: A veces era difícil desentrañar el significado de sus palabras. Sin embargo, hablaba como el que conoce la verdad.

JUDAS: Dijo: “Uno de ustedes me traicionará”.

PEDRO: Dijo tantas cosas.

JUDAS: Dijo: “Me negarás, Pedro”. ¿Se ha cumplido eso?

PEDRO: ¡No! ¿Cómo podría...? (*Canta un gallo*).

JUDAS: ¿Oyes, Simón? Igual que anoche, en el patio de la casa de Caifás.

PEDRO: No hables así, hermano mío...

JUDAS: Hermano mío. No sabes cuánta verdad acabás de decir. Todos estamos igualmente sucios. (*Larga pausa, PEDRO y SANTIAGO se sientan cerca de JUDAS, abatidos*). Él nos va a buscar con la mirada

y sólo a uno encontrarán sus ojos. El pequeño Juan tenía razón: al nombrarlo, ya lo hacemos como si estuviera definitivamente muerto. ¿Tiene sentido esto? ¿Tiene sentido que Barrabás ande libre por el mundo, y él, en cambio, agonice con las muñecas destrozadas por las cuerdas?

SANTIAGO: Por los clavos, Judas. Cuentan que lo han clavado a los brazos de la cruz.

PEDRO: ¡Ah, Judas...! Vos comprendías mejor que nadie los misterios de los libros y de los hombres. Explicanos por qué ha pasado todo; encontrá un motivo para que todo lo ocurrido sea inevitable. Estas cosas deben estar escritas en alguna parte... Él decía: las profecías se cumplirán. Lo negué, es cierto. (SANTIAGO *lo mira estupefacto*). ¡Sí, lo negué! Pero, ¿pude dejar de hacerlo? ¿No había anticipado él: “me negará”? ¿Quién hablaba por su boca anoche? El que todo lo ha dispuesto, su Padre, ¿no era quien le daba aquella certeza en el augurio?

JUDAS: Su padre era un carpintero. Pero el Rabí conocía demasiado el corazón humano para ignorar que, puesto de cara ante el miedo, el mismo apóstol Pedro sería capaz de maldecir a su maestro.

PEDRO: Sos cruel, sos despiadado. ¿No me ves? Tengo miedo. ¡Absolveme, Judas! ¡Absolvenos a todos!

SANTIAGO: Escuchá, Judas; es necesario que lo sepas todo. Cada una de las cosas que sucedieron anoche. Ayer, cuando saliste de la casa de Nicodemo, a cumplir lo que él te había encomendado...

JUDAS: Lo que *él* me había encomendado.

SANTIAGO: Sí, después de tu partida, nos condujo al

Getsemaní. Y mientras él oraba en el monte, nosotros... Oh, Judas. (*Se cubre la cara*).

PEDRO: Nosotros dormíamos. Dos veces nos dormimos, como bestias repletas de comida.

JUDAS (*después de una pausa*): No todos, en verdad, dormían.

SANTIAGO: Vos no, es cierto. Vos llegaste después.

PEDRO (*con rencor*): Y el otro tampoco. El otro tampoco dormía.

JUDAS: ¿Qué otro?

PEDRO: El otro. El que se levantó furtivamente en mitad de nuestro sueño, y fue a traicionarlo ante los sacerdotes.

JUDAS (*mirando fijamente a PEDRO*): ¿Y si hubiera sido, también esto, el cumplimiento inevitable de una profecía?

PEDRO (*súbitamente esperanzado*): ¿Es cierto eso? ¿Lo estás escuchando, Santiago? ¿Lo creés, Judas? ¿Crees que obramos así porque una fuerza superior nos impulsaba?

JUDAS: ¿Vos lo creés?

PEDRO: Cualquier cosa creería con tal de no seguir soportando mi vergüenza.

SANTIAGO: ¡Cuidado Pedro!

JUDAS: Dejalo. (*Riendo amargamente*). Pedro es exaltado. Anoche mismo decía algo muy parecido a esto. Decía: "Si es así maestro, lavame no sólo los pies, sino también la cabeza..." Todo es bueno cuando de ello depende nuestra eterna justificación. A ver, Pedro, y si así fuera, si se hubiera cumplido una profecía ¿serías capaz de perdonar al que lo entregó?

PEDRO: Lo perdonaría.

JUDAS: Lo que ates en la Tierra, Simón Pedro, será atado en el Cielo.

SANTIAGO: No sigas, hermano. Ignoro a qué querés llegar, pero sí sé que debemos creer. Como Juan. En lo explicable y en lo inexplicable, creer. Porque tal vez Pedro tiene razón: ¿pudo nuestra voluntad hacer que las cosas sucedieran de otro modo? Él parecía desear su muerte. Ayer mismo, hizo todo lo posible por acelerar el juicio del populacho, en casa de Anás...

JUDAS: ¡No nombres la casa de Anás!

PEDRO: Si es cierto. Él dijo que era el Cristo; el hijo de Dios vivo.

JUDAS: ¡Cállense!

SANTIAGO: ¡Todos lo escuchamos! Él aseguró: "...y aun les digo que desde ahora me verán sentado a la diestra de la potencia de Dios".

JUDAS: ¡Estás mintiendo!

PEDRO: ¡No, no miente! Todos lo escuchamos. ¿No comprendés, Judas?: él necesitaba morir, necesitaba que todo aconteciera como está escrito, para salvar nuestras almas. Esto estaba dispuesto desde siempre. David ya lo había anunciado. ¿No recordás aquel salmo que vos mismo nos recitabas?

JUDAS: David hablaba de Salomón. Y si algo prometía, era la justicia de un rey. David dijo: "pondrá a salvo a los hijos de los afligidos y humillará al calumniador; librára del poderoso al pobre y al desvalido que no tiene quien les valga". Y ese rey, Pedro, o todavía no ha nacido, o está agonizando donde mueren los ladrones y la canalla.

SANTIAGO: El maestro era el Mesías; yo escuché cuando lo proclamó en el atrio, ante los varones de Israel.

JUDAS: ¡No! Él sólo respondió a Caifás: “Tú lo has dicho”. Déjenme interpretar a mí esas palabras. Créanle a Judas, como le creían antes. Escuchen: él quiso decir que era el Pontífice, y no otro, quien inventaba aquella historia. Vos, Caifás, lo decís; no yo.

PEDRO: Ya no podemos creerte, Judas. Algo se rompió en tu espíritu y querés perdernos... Él dijo que su reino no era de esta tierra.

JUDAS: ¡No!

PEDRO: ¡Él era el hijo de Dios!...

JUDAS: ¡No!

PEDRO: Yo lo supe siempre.

JUDAS (*con desesperación*): ¿No comprenden, insensatos, que si fuera así todo se ha perdido? ¿No comprenden que no puede ser el hijo de Dios, sin ser Dios mismo?

PEDRO y SANTIAGO (*se miran, como si aquello no se les hubiera ocurrido nunca; luego sus rostros adquieren lentamente una asombrada expresión de contento. Hablan uno después del otro rápida, y vehementemente*): ¡Lo es, Judas! ¡Lo es!

JUDAS: No puede serlo. Dios no vendría al mundo para negar a Dios. Dios duerme en los dorados tabernáculos de los templos, no anda, hambriento, entre los esclavos y los leprosos. Dios es el símbolo de la única desigualdad contra la que no se puede luchar. Porque Dios es inhumano.

PEDRO y SANTIAGO (*sin escuchar, con la misma expresión de hace un momento*): Lo es, Judas.

JUDAS: Y él era como nosotros. Él era un carpintero, hijo de carpinteros. Él era hombre.

PEDRO (*el mismo juego*): Has descubierto la verdad, hermano.

JUDAS: De lo contrario, todas sus palabras cobrarían ahora un significado horrible. “Paguen a César lo que es de César”; ¿Qué infamia legaliza un dios, cuando dice esto?

SANTIAGO (*enajenado*): Todos lo escuchamos. Todos vimos sus prodigios. Ahora todas sus palabras son símbolos.

JUDAS: ¡Basta! ¡Farsantes! Nadie escuchó nada; nadie vio nada.

(PEDRO y SANTIAGO *parecen salir de su éxtasis. Miran con sorpresa a JUDAS. Pequeña pausa.*)

PEDRO: Vos sos el farsante... Andá, corré y preguntale a la turba que lo rodeaba anoche si no se proclamó hijo de Dios y rey de los judíos.

JUDAS: Bien hacés de creer, Pedro. Y tenés que lavarte no sólo los pies, sino también las manos, como el Procurador. Y la cabeza. ¡Lavate! ¡Todos estamos limpios ahora! Pedro resolvió su problema de conciencia; nos absuelve a todos... Ya no le importa la verdad al hijo de Jonás. (*Con ira*). Sigue la farsa, ahora. ¡Miserable! Perdona al traidor, perdona a los asesinos del Rabí y a los asesinos de tu pueblo. Nadie es culpable de nada. ¡Volemos todos al Paraíso! Vos vas a ser quien abra, en el futuro, las Puertas del Cielo, Pedro.

SANTIAGO (*cortante pero sin violencia*): ¿Qué pasa hoy en el mundo...? (*Pequeña pausa. Dulcemente ahora, con dolorida ternura*). El sufrimiento ensombrece

tu alma. Debemos aceptar las señales de Dios; es necesario tener fe.

JUDAS (*torturado, casi en un murmullo*): Dudan de los hombres: por eso necesitan a Dios. (PEDRO *parece dispuesto a responder, SANTIAGO lo contiene. JUDAS prosigue con voz ronca; luego secamente*). Mirá el cielo, Santiago; hay sangre y ceniza entre las nubes... Cuando Judas haya perdido la última esperanza en su hermano, entonces irá a pedirle un signo a Jehová. Antes, no.

SANTIAGO: Bien sabés que Pedro dijo la verdad. Todos lo escuchamos. Vos también, Judas.

JUDAS (*luchando contra el desaliento. Se sienta. Habla a media voz*): Lo escuché. Pero no puede ser cierto.

SANTIAGO (*siempre con mucha dulzura*): ¿Qué murmuras, hermano?

JUDAS: Él no podía traicionarme.

SANTIAGO: ¿No recordás, Judas? El maestro hablaba con vos más que con nadie en los últimos tiempos. Anoche mismo te encomendó una tarea: “Lo que tenés que hacer, hacelo pronto”, te dijo. Sos el último que lo sirvió. No tenés motivos para desesperar. Y en el huerto, antes de que lo prendieran, vos, Judas, lo besabas.

JUDAS: Lo besaba.

(*Ruido de armas. Entran dos SOLDADOS. PEDRO y SANTIAGO corren a ocultarse.*)